

SEGUNDA PARTE.

DE COMO DOÑA MARGARITA FUE A VER A su Amante al Hospital disfrazada, y el fin dichoso de sus sucesos.

SUpuesto que prometí
en esta historia ya dicha
el referir lo demas,
es justo que asi prosiga.
Pues sabido de la Dama,
aunque el Padre no lo obliga,
con el desayre que hizo,
en el alma agradecida,
por sercontra un hombre á quien
su sombra es aborrecida,
y por ver si el mismo es
de las cartas referidas
en decir que Roxas es
lo mismo que ella leia,
curiosa como muger,
y porque amor le decia
que este es D. Felix de Roxas,
el que con fuerte cuchilla
acuchilló á su enemigo,
á quien tanto aborrecia.
Fuese al Hospital oculta,
y pues que le conocia,
las mas señas le dirán
si es el que buscado habia:
conocelo, y amorosa
habla á D. Felix, y mira
él el bien que en sus palabras
su calidad la descifra.
Lágrimas los dos derraman,
y en fin, por una vecina
á su casa fué llebado
con las mortales heridas,
sin que nadie lo supiese,
ni el Padre de Margarita.
A costa, pues, de la Dama
se curò como debia,
no faltandole regalos,
Cirujanos, medicinas,
y alivio todas las noches
con su amorosa visita.
Sanò al cabo de seis meses,
algo mejor se veia,
con animo y fuerzas dobles,
como las que antes tenia.

Dixole la Dama entonces
que si ya se descubria,
le daria para galas
con el favor de pedirla.
D. Felix le respondiò
con dolor, que no podia
hasta saber de Madrid
sus cosas como corrian.
Y ella le dixo: Volved,
Señor D. Felix, aprisa
á poneros otros hierros
como los que antes tenias.
El galan le prometiò
hacerlo como debia,
en tanto que de Madrid
vienen algunas noticias;
mas ella disimulando,
con prudencia conocida,
hablò D. Felix al Padre,
pero él se encoleriza,
que un Mulato tán villano
su pena se merecia.
Pero Margarita viendo
que su Padre se retira,
y que enojado responde
de avisar à la Justicia,
á sus mismos pies se arroja,
con lágrimas le suplica,
que le perdone, y el Padre
le otorgó que lo haria,
supuesto de que ha tenido
tan generosa madrina,
que lágrimas de los ojos
suelen vencenr rebeldias.
Llamole luego al momento,
donde humilde se arrodilla,
y pidiendole perdon
se lo otorgo, y le decia:
Que si en algo se metiera
en la casa, ó en Sevilla,
si el mundo se revolviera
todo lo de abaxó arriba,
escribiria á su Amo,
y de tal suerte seria,
que lo echase à una Galera
si èl en algo se metia.
Con solo callar responde,
aunque le cueste la vida,
tolerando con prudencia
todo aquesto Margarita.
Sucedió, que sobre tarde
á divertirse salian
al Rio Guadalquivir,
y porque en todo le sirva
va con ellos el Esclavo;
pero ya desde una esquina
miraba D. Agustin
á D. Pedro y Margarita,
y sin de vista perderlo,
tras la Carroza camina.
Llegaron hasta el Patin
de las Damas, donde habia
una quadrilla de Mozos
con algazara y con grita.
Estaban jugando todos,
y Coche parado habia,
ni por ruegos del Cochero,
ni el Amo que lo pedia,
jamas el juego paró,
y D. Felix, como habia
dado palabra en callar,
cosa ninguna decia.
Cobarde el otro galan
con ellos no se atrevia;
pero los locos mozuelos
tantas locuras hacian,
que se asombraron las mulas,
cocean, saltan, y brincan,
y sin poderlas tener
por diligencias que hacian,
en el Rio se arrojaron.
(Cielos, què grande desdicha!)

á donde alli se ahogaro n
Cochero, y Mulas malditas.
Socorro piden los dos,
grande lastima ponian,
viendo en tan grave peligro
al buen D. Pedro, y su hija:
D. Agustin esta elado,
D. Felix que esto veia,
furioso se arroja al Rio,
llegò al estrivo y lo quita,
sacò la Dama en sus ombros,
y en tierra la deposita,
y como es la noche obscura,
que poco se determina,
se la diò á D. Agustin,
sin saber lo que se hacia.
Volviose al Rio, y sacò
con heroyca valentia
al Amo quando la Dama
està á un desmayo rendida,
besò la tierra mil veces,
párte á abrazar à su hija.
Volviò ella del desmayo,
mirò al que tan mal queria
que con sus brazos la abraza,
que de veneno le sirva.
Agradeciolo su Padre,
la Dama apenas respira,
viendo á su amante cobarde,
y á su enemigo con dicha.
Pero como ya D. Pedro
algo de este ámor sabia,
se la otorgó á pocos lances
que alli entre los dos habia.
D. Felix callando escucha,
D. Agustin recibia
favores á tanto amor,
(triste de aquel que suspira!)
Traxeron un Coche luego,
y en èl se meten: què haria
el que por librar su Dama,
por poco pierde la vida?
Y luego los dos á solas
consultaron á sus dichas,
entrambos ricos y nobles,
lo que quisieron seria.
Y asi el casarse disponen,
y antes que pase otro dia,
celebraron los asientos,
como el caso requeria.
En fin, se llegò la hora
en que la Dama sentia
su pena, dolor y muerte,
y en el alma aborrecia
el casarse con un hombre
que aborrecido tenia.
Llamó á D. Felix, y dice:
que por su gran cobardia
la perdiò. Qué dices, dì,
traydora, ingrata, enemiga?
Sin duda que muerta estabas,
ò no vistes que traia
la Ropa D. Agustìn
enjuta, que yo venia
mojado? Infelice soy!
dura estrella! pena impia!
Pues qué dices, mi D. Felix?
tú fuiste (el dolor me priva!)
quien del Rio me sacò?
muerta estoy! no se qué diga!
què harè yo si ya mi Padre
á esto empeñado me obliga,
y dada ya la palabra?
Que te cases, enemiga,
y que te olvides de mí.
No esposible que yo viva,
querido D. Felix mio.
Mayor desdicha es la mia,
pues por quererte yo á tì,
mi calidad esta oprimida,
y como nn humilde Esclavo
sufro tantas perrerias.

Tú te casas, no conmigo,
tú gustas de ello enemiga.
¡ Ay D. Felix ! yo me muero,
morir yo mejor seria,
pues quieres que vea yo
lo que á la muerte me obliga,
yo mismo con esta daga
me he de matar. Ten la ira,
no te mates. No porfies.
Oye, Señor, oye. Quita,
Circe enemiga, traydora,
á este quarto te retira.
Tú quieres (!ay Santo Cielo!)
que vea á mi propia vista,
que dés á otro la mano,
sin que de un trueno despida
un voraz rayo, que aqui
hoy me convierta en ceniza?
Dexame matar, traydora.
Dame á mí aquesas heridas:
Que viene mi Padre (ay Cielos!)
mi bien, mis ojos, mi vida.
Retiróse y entró el Padre
con toda su compañia,
y al oir decir mi bien
à la hija, al quarto ahila,
y vido que era el esclavo
á quien aquesto decia.
Sacó la espada, mas ella
la daga á D. Felix quita,
pusose á la puerta, y dixo:
Ninguno se descomida,
Señor D. Felix, decid
la verdad ¿Qué perreria
es esta? le dixo el Padre,
y D. Felix respondia:
No hay perreria ninguna.
Los hierros del rostro quita,
diciendo: Yo soy D. Felix
de Roxas, mi Patria misma
es Madrid, á Sevilla vine
por cosas que convenian.
Yo ví á Margarita hermosa,
hablela, y se resistia;
mas viendo que contrastarla
en efecto no podia,
me obligó á hacerme su Esclavo,
sufriendo todos los dias
pesadumbres y baldones,
mil desaires y desdichas,
de los unos y los otros,
y las pasadas heridas.
Yo fui, Señor, quien sacò
del peligro á Margarita,
y yo la puse en los brazos,
sin saber lo que me hacia,
del Señor D. Agustin,
esto mi espada lo afirma,
y nunca fraudes habra
en noble Caballeria.
Es Margarita mi esposa,
sin haber quien me lo impida,
á pesar de mis contrarios,
aunque rebiente la embidia.
D. Pedro pasó por ello,
como lo mismo su hija,
quedando los dos casados
y á D. Agustin combida
con su hermana Doña Clara,
que en Madrid quedado habia,
quedando amigos y hermanos,
con gusto y con alegria.
A donde Lucas del Olmo,
de esta historia peregrina
promete al enamorado
gusto si Dios se lo embia.